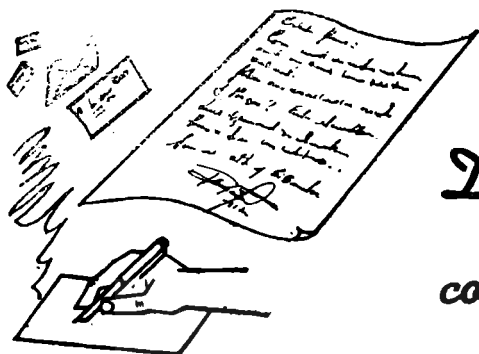




Dialogando con nuestros lectores

¿Es verdad que los científicos no creen en Dios?

Angel de Arín Ormazábal S. J.

Va cundiendo peligrosamente la idea de que los sabios científicos no creen en Dios. Y al apoyo de esta afirmación, muchos, que no lo son, encuentran justificado atenerse, por lo menos, a una duda en materias de fe. Váse extendiendo asimismo —así pensamos— el miedo a que la investigación progresiva de los misterios de la Naturaleza y su mejor y más abundante conocimiento pueda perjudicar a la fe en Dios de los hombres. Digámoslo desde el primer momento: **"No compartimos este estado de ánimo"**.

El que haya quienes pretenden con su presuntuoso saber independizarse de Dios no implica que el saber más y mejor de cuanto se halla escondido en la Naturaleza no sea bueno y saludable.

Nos resistimos a creer que Dios haya vedado a la inteligencia creada sondear cada vez más profundamente en los secretos que El encerró en la Naturaleza material y espiritual. Que lo pudo hacer, nadie puede ponerlo en duda; que lo hizo habría que probarlo, y consta que no lo ha hecho.

No nos son desconocidas las soberbias pretensiones de los sabios rusos que creen haber llegado con sus investigaciones científicas, muchas de ellas por comprobar y no pocas inadmisibles, a hacer "inútil definitivamente la omnipotencia atribuida aun hoy a un TAL DIOS". Pero también nos son conocidas frente a ellas otros testimonios de hombres de ciencia, no menos autorizados y, sin duda, mucho más imparciales.

Si Mauthener ha escrito que las "ciencias naturales se hallan desde hace tiempo lejos de la Iglesia", A. Einstein ha dicho que el "concepto católico de la creación es la explicación más CIENTÍFICA Y CONVINCIENTE... de la Creación". ¿Con quién nos quedamos?

Aún admitiendo que la Ciencia moderna en un gran sector de la misma pretende ser ateizante, es mucho decir que lo sea TODA LA CIENCIA y mucho más, afirmar que lo sean TODOS LOS CIENTÍFICOS. Porque el problema hay que plantearlo con ellos, pues la Ciencia como tal, ni es atea ni deja de serlo.

Oponer la Ciencia a la Fe en Dios y querer explicar los Misterios de la Naturaleza al margen de la intervención divina, es un apasionamiento estúpido, que no porque esté de moda en determinados elementos es menos inadmisibile.

"Es evidente —ha escrito con precisa claridad el Dr. Gregorio Marañón— que la Ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede, ni podrá nunca explicárnoslo todo. Cada vez ganará zonas a lo que hoy nos parece inexplicable; pero la raya fronteriza del saber, por muy lejos que se lleve, tendrá eternamente delante un infinito mundo misterioso, a cuya puerta llamará agustiadamente nuestro "por qué" sin que nos den otra respuesta que una palabra: "DIOS". Dios cuya silueta se alza a lo lejos, para unos como un faro luminoso y preciso que extiende hasta el rincón más hondo de lo desconocido su serena claridad". (Las ideas biológicas del Padre, Feijóo, Prólogo).

Medítese estas otras palabras del sabio paleontólogo Padre Pierre Teilhard de Chardin, que consumió sus mejores fuerzas en sus sabias exploraciones geológico-prehistóricas: "... percibo cómo, en **sí misma** la exploración de la tierra no trae luz alguna ni hace que se encuentre salida para los problemas de la vida. Tengo la impresión de estar dando vueltas en torno a un problema sin pénétrar en el jamás. Y sé también que cuanto más se agiganta ante mi vista este problema, su solución no puede hallarse sino en una "fe allende toda experiencia" Que es lo mismo que decir allende toda Ciencia, pues la experiencia es el instrumento nato de la Ciencia.

Que estos dos testimonios, procedentes de sectores científicos tan diversos ya que son antagónicos, no son voces aisladas, es evidente y a probarlo se dirigen estas líneas en las que una abundante aportación de testimonios científicos de mejor valía da fe de que los más grandes científicos creen en Dios y nunca han creído que la Ciencia esté reñida con la fe en Dios. La cita va a ser abundante, pero nos parece necesaria para dejar bien comprobado que los científicos que dicen no poder creer en Dios o no son de gran valor científico o son los menos y entonces influidos por motivos ajenos totalmente al campo de la investigación científica. No nos dejemos engañar, que ya está el mundo bien lleno de ingenuidades.

M. C. André, químico, antiguo colaborador de M. Berthelot: "Los que con más frecuencia condenan la religión, no lo hacen más que por orgullo, como si la sabiduría fuera de aportar solución a todos los enigmas de la vida".

M. Paul Appel, profesor de la Facultad de Ciencias y miembro del Bureau de Longitudes, Rector de la Universidad de París: "No existe ninguna hostilidad contra la religión: se puede tener espíritu religioso y espíritu científico simultáneamente".

M. H. Audayer, uno de los grandes hombres de las Matemáticas y de la Astronomía, profesor de la Sorbona y miembro del Bureau de Longitudes: "Lejos de admitir ninguna oposición, creo, en cambio que el espíritu científico lleva consigo el espíritu religioso".

A. d' Arsonval, físico, profesor del Colegio de Francia: "¿Han existido y no existen numerosos sabios que tienen espíritu religioso? SÍ. Esta comprobación tiene la brutal insolencia de un hecho. Así que la pregunta está demás".

M. E. L. Bouvier, zoólogo y entomólogo, Profesor del Museum: "Creo, por mi parte, que la idea religiosa, más bien favorece el progreso científico, pues nos lleva hacia la fuente, hacia los orígenes de las cosas y es a ese mismo fin al que tiende la Ciencia incansablemente".

H. Poincaré: "Buscar a Dios es haberlo encontrado ya. ¿No es buscar a Dios, buscar la Verdad? Dios que es la Verdad suprema? ¿Y no podemos considerar esa idea como un factor poderoso del progreso científico?"

M. André Blondel, físico eléctrico, profesor de la Escuela de Caminos y Puentes: "La creencia que una inteligencia suprema creadora y organizadora me parece bastante más satisfactoria que el espíritu materialista".

N. Ch. Barrois, profesor de Geología de la Facultad de Ciencias: "Hasta hoy la Geología no ha hecho más que modernizar las pruebas clásicas de la existencia de Dios".

M. H. Le Chatelier, profesor de la Sorbona: "No hay ninguna incompatibilidad entre la Ciencia y la Religión; es un hecho que la experiencia ha demostrado. Pascal, Ampere, Cauchy... han sido a la vez hombres profundamente religiosos y grandes sabios... No es menos cierto que se ve constantemente en la literatura moderna afirmar la incompatibilidad absoluta de la Religión y de la Ciencia. Esas declaraciones no nos vienen de verdaderos sabios, sino muy a menudo de escritores completamente extraños a todo conocimiento científico".

Georges Claude, físico-químico, el primero que realizó la síntesis del amoníaco "¿Cómo vamos a dejar creer que la Ciencia nos prohíbe creer? Aunque no juzgáramos la idea religiosa útil, una simple preocupación de escrúpulo científico nos haría protestar".

M. Termier, Inspector General de Minas y uno de los más acreditados hombres de la Geología francesa: "Para los sabios... el sentimiento religioso, lo mismo que la Ciencia, lo mismo que la moción del Infinito, de lo Eterno, de lo Absoluto, de lo Universal, lo mismo que el sentir que el alma es inmortal..., es un hecho cuyo espíritu científico parece muy bien afirmarse y resulta pueril desconocerlo. De ahí viene que los sabios no vean oposición ninguna entre la Ciencia y la Religión. Todo lo contrario, la Ciencia que a sus ojos es necesariamente limitada y evocadora de misterios más que explicadora, la Ciencia les parece que invita al hombre a franquear sus límites y poco a poco le forma un alma metafísica y dispone su espíritu para recibir las pruebas de la existencia de Dios".

M. León Guillet, metalúrgico, Director de la Escuela Central de Artes y Oficios: "¿Cómo no ver que la Ciencia nos revela, ella misma, un mundo impresionante por su belleza y orden que atestigua una concordancia maravillosa entre los hechos experimentales y los resultados teóricos? Visto de este modo, la Ciencia naturalmente nos conduce a la espiritualidad".

M. Haton de la Goupilliére, matemático y físico, Decano de la Academia de Ciencias: "Creería faltar a mi deber si me abstuviera de declarar mi convicción del perfecto acuerdo de esas dos luces de la inteligencia humana: la Ciencia y el sentimiento religioso".

M. H. Leconte, botánico, profesor del Museo de Historia Natural: "No existe el antagonismo entre la Ciencia y la Religión, más que en el espíritu de los que lo desean".

M. L. de Launay, geólogo profesor de la Escuela Nacional de Minas: "Sobre la pregunta que se me hace tomé ya una posición, cuando escribí recientemente todo un volumen titulado "El Cristianismo" para demostrar precisamente que no hay ninguna incompatibilidad entre la Ciencia y la Religión".

M. L. Luidet, químico, profesor del Instituto Nacional agrónomo: "Cuando era niño, me decía al enseñarme la hierba, el trigo, una encina, rosas y espinas: "Mira, todo esto lo ha hecho Dios". Esta explicación simple era suficiente para mi joven imaginación de futuro agrónomo; confieso que algo se me quedó. ¿Qué es lo que he aprendido después de haber pasado varios años en el Colegio, conquistando mis grados universitarios? Sé que hacen falta el calor, la luz, para hacer crecer la hierba, germinar el trigo, florecer una rosa, pero no puedo alcanzar sus últimos ¿por qué? Conozco los nombres con que los griegos y latinos decoraban esas plantas y sus órganos, si fuera necesario las dibujaría; y después qué más? Veo a los sabios tratar de esclarecer el problema, pero éste, no hay quien lo haga retroceder bajo sus esfuerzos. Y por ellos las palabras de mis padres, vienen a mi recuerdo sin cesar: "Mira, todo esto lo ha hecho Dios".

M. C. Matignon, profesor de química mineral del Colegio de Francia: "En el transcurso de mi carrera jamás he sentido el menor conflicto entre la Ciencia y mis sentimientos religiosos: es más, no puedo concebir la posibilidad de tal antagonismo".

M. P. Sabatier, químico, Premio Nóbel: "Ninguna utilidad puede haber en lanzar a la Ciencia contra la Religión; desde luego es cosa de personas mal instruidas en una y otra".

Kepler, uno de los más eminentes de todos los tiempos: "Te doy gracias, oh Creador y Señor Mío, de todas las alegrías que me has hecho gustar en el éxtasis que me ha producido la contemplación de las obras de tus manos".

"La grandeza de esas obras es lo que he procurado proclamar delante de los hombres y he dedicado todo mi esfuerzo a hacerles conocer su sabiduría, potencia y bondad".

Newton: "Esta elegantísima coordinación del sol, de las estrellas, de los planetas y de los cometas, no puede tener otro origen que el plan y el imperio de un Ser dotado de inteligencia y de poder, que todo lo rige, no como alma del mundo, sino como Señor de todas las cosas, eterno, infinito, omnipotente, omnisciente".

Linneo: "El Dios eterno, el Dios inmenso, sapientísimo y omnipotente, ha pasado delante de mí; yo no he visto su rostro, pero el refulgir de su luz ha llenado de estupor mi alma. He estudiado aquí y allá las huellas de su paso en las criaturas y en todas sus obras, incluso en las más pequeñas, ¡cuánta sabiduría, cuánta insuperable perfección en ellas!".

Herschel, tenido como uno de los más grandes astrónomos de todos los tiempos y de todos los países, decía así: "Cuanto más se ensancha el campo científico, más numerosas e irrecusables son la muestra de la existencia de una inteligencia creadora, todopoderosa y eterna; geólogos, matemáticos, astrónomos y naturalistas, todos han aportado su grano de arena para este gran templo de la Ciencia, templo creado para el mismo Dios".

Volta, universalmente reconocido por uno de los talentos científicos más privilegiados, se manifestó reiteradamente como uno de los hombres talen-

tosos y científicos más religiosos. Hizo gala constantemente de sus creencias religiosas. Fué un cristiano dulce y sencillo. Modelo entre sus parroquianos. Asistía diariamente a Misa; comulgaba en todas las fiestas; enseñaba el catecismo a los niños; participaba en la recitación de las devociones populares; rezaba el santo rosario todos los días.

Y no es que su fe fuera de un "carbonero", nada de eso. Volta estudió profundamente su religión. Se pasaba gozosamente sus vacaciones husmeando las bibliotecas de los monasterios.

"Los descubrimientos modernos —decía— los nuevos conocimientos que hemos adquirido, los caminos nuevos que hemos abierto, no pueden crear ninguna prevención contra la antigua verdad, ni entorpecer las sendas roturadas antes de nosotros, ni desorientarnos".

De ahí que osara escribir Silvio Pellico de él estas radiantes palabras: "Yo he comprendido, por fin, hasta qué punto está el catolicismo **cargado triunfalmente de autoridad y de razón**. He comprendido que un católico, pueda, como el gran Volta, recitar humildemente su rosario y ser al mismo tiempo un espíritu sano, clarividente, robusto".

Se ha hecho célebre en las biografías y anecdotarios de Volta su famosa profesión de fe. Un moribundo librepensador, se resistía a las exhortaciones del sacerdote y se permitió replicarle que él creería, si pudiera convenirse de que Volta era un creyente sincero.

Enterado de ello Volta, escribió esta carta con fecha de 6 de Enero de 1815:

"No sabía que pudiera dudarse de mi sinceridad y mi perseverancia en la religión que profeso, que es la católica, apostólica, romana, en la que nací y fui educado, la que he conservado fiel, tanto interiormente como exteriormente. No siempre, por desgracia, he guardado la conducta que corresponde a un cristiano católico; soy responsable de muchas faltas, pero, por una gracia especial del Señor no he pecado, al menos conscientemente contra la fe. Por lo tanto, si, por desgracia, mis faltas y mis desórdenes pudieron ser a alguno ocasión de suponer en mí falta de fe, a título de reparación y para cualquier otro buen fin, yo declaro ante ese tal, y cualquiera otro y estoy dispuesto a declararlo en toda circunstancia y a cualquier precio que sea, que siempre he tenido y tengo por única e infalible esta santa religión católica, dando siempre gracias a Dios Nuestro Señor de haberme infundido esta fe, en la cual me propongo firmemente vivir y morir, con la viva esperanza de obtener la vida eterna".

"Reconozco paladinamente que esta fe es un don de Dios, que es una fe sobrenatural; sin embargo, yo no he descuidado de mi parte los medios humanos para confundirme cada día más en ella y para combatir toda especie de duda que podía surgir y servirme de tentación. He estudiado, por lo tanto sus bases; he controlado, leyendo los libros de sus apologetas y de sus adversarios las razones en pro y en contra. Y de ese estudio he visto surgir las pruebas más fuertes, presentándolas a los ojos de la razón natural eminentemente digna de ser creída, hasta el punto de que todo espíritu que los vicios y la pasión no hayan pervertido, que todo espíritu recto no pueda menos de abrazarla y amarla".

"Ojalá esta profesión de fe que se me ha pedido y yo he dado de buen grado escrita y firmada de mi mano, para que pueda enseñarse a quien la quiera ver, porque *ncn erubesco evangelium*... ojalá produzca algún fruto".

Ampère. ¿Quién no conoce a este hombre "el mayor genio científico" según Bertrand y "el cerebro más prodigioso de nuestros tiempos" al decir de Leoguve? Pues bien de él escribió Saint-Beuve: "Hasta el fin le hemos visto unir y conciliar la fe y la ciencia, la credulidad y la esperanza del pensamiento humano y la adoración de la palabra revelada". Y Arago: "Murió (...) como mueren los santos, lleno de paz, confiado, abierto a los ojos de la esperanza. El director del Liceo (murió haciendo visita de inspección al Liceo de Marsella) empezó a media voz la lectura de algunas páginas de la Imitación. Ampère le advirtió que se sabía el libro de memoria. Creo que esas fueron sus últimas palabras".

Laennec, el "mejor médico", a juicio de muchos, de todos los tiempos, dejó en su vida tal impresión de religiosidad que Bayle escribió de él así: "Sus conocimientos médicos, lejos de debilitar su fe, le dieron una nueva fuerza. El estudio de organismo humano había aumentado su admiración hacia el Autor de tantas maravillas".

Y Lallour no dudó en afirmar que "hacía falta tanto en la Facultad de Medicina como en Bretaña... un cristiano como los de antes, invariable, un hijo de la Iglesia Católica, firme, dócil, viviendo su vida, rezando sus oraciones, ocupando su lugar en todas las festividades.

Cuvier, a quien J. B. Dumas había de llamar "el moderno Aristóteles" y es tenido como "el primer naturalista de los tiempos modernos" sostenía que "examinar la creación evocaba la presencia del Creador".

J. B. Dumas, a quien Hoffmann se atrevió a calificar como "uno de esos hombre singulares, que habiendo llegado a las más altas y variadas cimas de la ciencia, pueden abarcar todo el campo de las investigaciones humanas" se expresaba así ante la Academia de Ciencias: "Dios ha hecho todo con número, peso y medida. Estas palabras del libro de la Sabiduría datan de hace 2.000 años y en ellas encuentran aún hoy los químicos la expresión fiel de las armonías observadas".

Cauchy, que según escribe Echegaray, "por sus facultades creadoras, si no es el primer geómetra, tampoco es el segundo" se gloriaba más de su fe que de su ciencia. "Yo soy cristiano —confesó paladinamente— como todos los grandes geómetras de los siglos pasados. Soy también católico como la mayor parte de ellos y si se me preguntara la razón, la daría con mucho gusto, y así se vería que mis convicciones católicas son el resultado no de prejuicios de nacimiento, sino de un profundo examen... tengo grabadas para siempre en mi espíritu y en mi corazón, verdades para mí más incuestionables que el cuadrado de la hipotenusa o el teorema de Mac Laurin...; soy católico... como lo fueron Corneille, Racine, La Bruyere, Bossuet...; como lo han sido y lo son aún los hombres más distinguidos de nuestra época, los que han dado prestigio a la ciencia, a la filosofía, a la literatura, los que han dado su fama a nuestras Academias".

Participo de las convicciones profundas que han expuesto en sus palabras, en sus actos y en sus escritos tantos sabios distinguidos y de primera magnitud; Ruffin, Leanne, Ampère, Pelletier, Coriolis..."

De él escribía Echegaray: "Cauchy fué un espíritu eminentemente religioso, un católico a toda prueba. Lo primero era la fe en Cristo, después a distancia infinita como grano de arena ante el cielo inacabable, el cálculo integral. La diosa Razón aún imperaba y la juventud francesa era atea y racionalista. Y, sin embargo, Cauchy a la edad de 16 años, en el dormitorio general de su Colegio arrodillábase al pie de la cama en medio de sus descreídos compañeros. Siempre dulce y cariñoso, pero siempre inquebrantable en su fe, salió de la Escuela de Ingenieros de Caminos con el número uno y fué a Chesburgo destinado a las grandes obras que el Emperador había emprendido en aquel punto. En el fondo de su maleta iban, junto a la Mecánica de Laplace y las funciones analíticas de Lagrange, un Virgilius, del que Cauchy, gran latino, era admirador y el sublime libro de Kermis, la Imitación de Cristo".

Se hallaba el pacífico ingeniero explicando maravillosamente su cátedra de Física Matemática en el Colegio de los Padres Jesuítas, de París, cuando la revolución de 1830 la que arrojaba a aquellos religiosos, pretendió obligar a Cauchy a que prestara juramento a las ideas liberales.

Fué inútil. Antes de jurar un régimen que su conciencia rechazaba, sin vacilar un punto, lo sacrificó todo; cátedra, posición oficial, porvenir y hasta su familia, y abandonando su ingrata patria, pasó a Turín. Tras doce años de destierro volvió a París y cuando otra vez instalado en su cátedra se disponía a seguir pacíficamente sus estudios sobre la luz, aquellos defensores de la libertad le forzan a abandonar su puesto, si no quería traicionar a su conciencia.

Fuera otra vez de su Patria y ya anciano, continuó exilado, hasta que elegido Napoleón, emperador de los franceses, pudo regresar al fin para morir en su suelo patrio.

Pero más proverbial que su fe, fué aún su caridad. Esta virtud era en él tan grande como su ciencia y siempre sacrificó su vanidad de sabio a su compasión de cristiano. Se le vió mendigando de puerta en puerta para los irlandeses católicos; trabajó más que nadie en la obra de San Francisco de Regis; tomó parte activa en la reforma de las prisiones; se afanó por crear un amparo a los niños saboyanos; fué el alma de las Conferencias de San Vicente de Paúl. De esta suerte la caridad, con la religión, teniendo la ciencia por compañera, absorbieron de lleno su actividad prodigiosa.

Le Verrier, el gigante de la astronomía moderna, a juicio de Airy, Director del Observatorio de Greenwich. De él dijo Tresca en la oración fúnebre que en nombre del Consejo científico del Observatorio pronunció sobre su tumba: "El estudio del cielo y la fe científica, no hicieron en él otra cosa que consolidar su fe viva del cristiano".

Claude Bernard, el "mago de nuestros fisiólogos" según Grasset, declaró en su lecho de muerte: "Quiero vivir en la fe de mi anciana Madre".

Pasteur, estrella de primera magnitud en el cielo de la ciencia, fué un creyente que nunca dejó de manifestar sus convicciones. "Siente algo en el fondo de su alma —se escribió de él— que le dice que el mundo no es un producto del caos, el efecto de un conjunto de juego de la naturaleza".

"Querido Maestro: (le dijo un día uno de sus alumnos). ¿Cómo es que habiendo reflexionado y estudiado tanto, pueda usted creer? A lo que Pas-

teur respondió: "Precisamente por haber reflexionado y estudiado mucho, es por lo que he conservado una fe de bretón; si hubiera reflexionado y estudiado más, hubiera llegado a una fe de bretona".

En plena Academia Francesa y frente a Renán que respondería a su discurso de ingreso en ella, y delante de la élite del mundo sabio, Pasteur proclamó su fe con estas palabras y con "acentos de los más patéticos que se han oído en nuestro siglo": "¿No estará siempre preguntándose el hombre, que hay más allá de este mundo? ¿Puede uno pararse, sea en el espacio sea en el tiempo? Como el punto en que él se pare, no es más que una grandeza finita, únicamente mayor que las que le han precedido, en cuanto comienza a pensar en ella vuelve implacablemente la pregunta sin que nunca pueda acallar su curiosidad".

"De nada sirve responder: Más allá hay tiempo, hay espacio, hay grandezas sin límites. Nadie entiende estas palabras. El que proclama la existencia del infinito —nadie puede evitarlo— acumula en esa afirmación más cantidad de sobrenatural que pueda haber en todas las religiones".

Más tarde pronunció estas palabras que serían grabadas en su tumba: "Feliz el que lleva dentro de sí un Dios, un ideal de belleza al que obedezca; ideal de arte, ideal de ciencia, ideal de patria, ideal de virtudes evangélicas".

Y como fué su vida, fué también su muerte. Pasteur al que su ciencia había confirmado en su fe, expiró dulcemente, después de haber recibido los sacramentos de la Iglesia "sin misterio ni ostentación", sosteniendo entre sus manos un Crucifijo.

Fabre, "observador inimitable", según Darwin, contestó a quien le preguntaba si creía en Dios: "No puedo decir que creo en Dios. Lo veo. Sin El no entiendo nada, sin El todo son tinieblas. Cada época tiene sus modas. Yo considero el ateísmo como una moda. Es la enfermedad del siglo. Antes me dejaría arrancar la piel que dejar de creer en Dios". Y Fabre nació en 1823, para morir en 1915.

Y podríamos continuar la lista de sabios científicos abiertamente creyentes a los que había que añadir el nombre de otros que si bien no hicieron profesión de fe en el cristianismo o en el catolicismo, sí creyeron en Dios.

Y para que se vea que la ciencia nada opone a la fe citemos para coronar este estudio unos cuantos nombres de eclesiásticos que merecieron los más altos galardones académicos por sus investigaciones y trabajos científicos.

Fué el Abate Tauleigne, cura de pueblo en el Yonne, el que acertó a señalar la presencia de los proyectiles en los cuerpos de los heridos, a costa de su propia vida. El Abate Rousselot, titular de la cátedra de "fonética experimental" en el Colegio de Francia, fué el inventor de los famosos procedimientos de recuperación por el sonido. Mons. Lesne, Rector de la Universidad Católica de Lille, recibió en 1926 el gran Premio Gobert concedido por unanimidad. El Canónigo Delphine, el premio Fonstasnes, concedido por la Sociedad Geológica de Francia, como autor del mejor trabajo estratigráfico. El Abate Hermet fué renombrado en recogida de vasos, grafito y antigüedades regionales. El Padre Tielhard de Chardin ha sido uno de los más célebres paleontólogos de los últimos tiempos, como el Abate

Camboné y el Abate Kieffer tienen un puesto de honor por sus estudios sobre los insectos; el Abate Colín está unido a las investigaciones sobre hidratos de carbono; el Abate Cosle, cura de San Pablo de las Fuentes (Aveyron) se ha hecho célebre como botánico por su obra "Flora descriptiva e ilustrada de Francia". El Abate Gotón Bertrand es autor de una teoría original de las mareas.

Y tantos y tantos que no es posible reseñar aquí, pero que demuestran que no están reñidas la Ciencia y la Fe.

¿Quién puede seguir pensando después de este somero recuento que los científicos no creen en Dios?

¿Qué significan a su lado los pocos, escasos nombres de científicos que nos quieran aportar como comprobación de tamaña afirmación?

Es claro que los científicos no creyentes no dejan de creer por razón de su ciencia, hay otros motivos no siempre confesables que los arrastran hacia la negación de Dios. Pero esos motivos nada tienen que ver con su ciencia. Están al margen de ella y pocas veces en contra de la auténtica ciencia. Claro que es cómodo escudarse con la ciencia y esconder los verdaderos motivos tras su cortina. Pero...

No nos dejemos engañar. Y lejos de asustarnos porque dicen que hoy los científicos no creen, ni pueden creer en Dios, confirmémonos en nuestra fe con el testimonio de los más grandes de todos los tiempos.

En un próximo Punto de Estudio contestaremos a los que nos quieran hacer callar diciéndonos que los sabios que hemos citado pertenecen a tiempos en que la Ciencia aún no había adquirido el desarrollo actual. Dedicaremos el siguiente Punto de Estudio a científicos de este siglo que tampoco creen que la Ciencia estorbe la Fe.